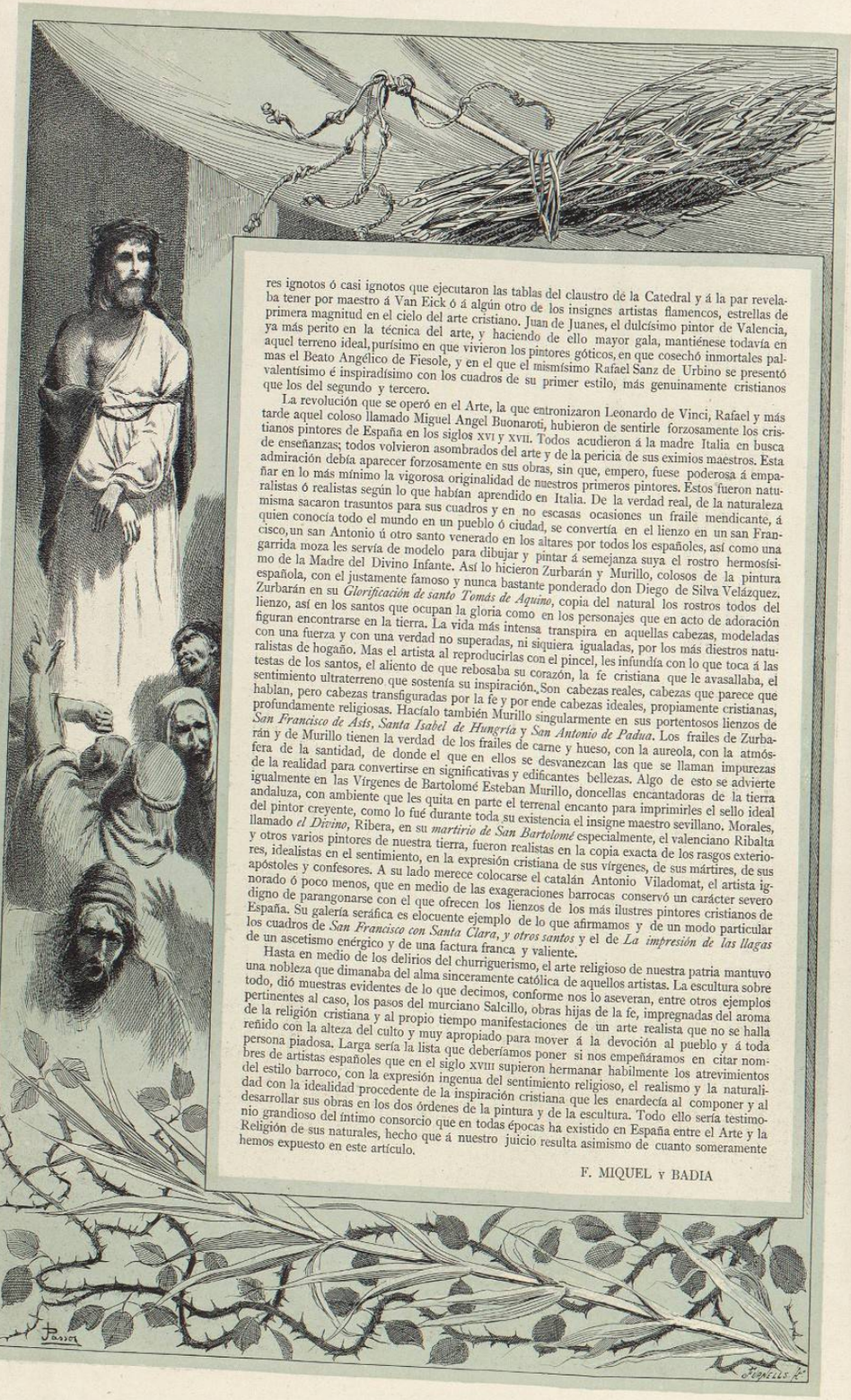


res ignotos ó casi ignotos que ejecutaron las tablas del claustro de la Catedral y á la par revelaba tener por maestro á Van Eick ó á algún otro de los insignes artistas flamencos, estrellas de primera magnitud en el cielo del arte cristiano. Juan de Juanes, el dulcísimo pintor de Valencia, ya más perito en la técnica del arte, y haciendo de ello mayor gala, mantiénese todavía en aquel terreno ideal, purísimo en que vivieron los pintores góticos, en que cosechó inmortales palmas el Beato Angélico de Fiesole, y en el que el mismísimo Rafael Sanz de Urbino se presentó valentísimo é inspiradísimo con los cuadros de su primer estilo, más genuinamente cristianos que los del segundo y tercero.

La revolución que se operó en el Arte, la que entronizaron Leonardo de Vinci, Rafael y más tarde aquel coloso llamado Miguel Angel Buonaroti, hubieron de sentirle forzosamente los cristianos pintores de España en los siglos XVI y XVII. Todos acudieron á la madre Italia en busca de enseñanzas; todos volvieron asombrados del arte y de la pericia de sus eximios maestros. Esta admiración debía aparecer forzosamente en sus obras, sin que, empero, fuese poderosa á empañar en lo más mínimo la vigorosa originalidad de nuestros primeros pintores. Estos fueron naturalistas ó realistas según lo que habían aprendido en Italia. De la verdad real, de la naturaleza misma sacaron trasuntos para sus cuadros y en no escasas ocasiones un fraile mendicante, á quien conocía todo el mundo en un pueblo ó ciudad, se convertía en el lienzo en un san Francisco, un san Antonio ú otro santo venerado en los altares por todos los españoles, así como una garrida moza les servía de modelo para dibujar y pintar á semejanza suya el rostro hermosísimo de la Madre del Divino Infante. Así lo hicieron Zurbarán y Murillo, colosos de la pintura española, con el justamente famoso y nunca bastante ponderado don Diego de Silva Velázquez. Zurbarán en su *Glorificación de santo Tomás de Aquino*, copia del natural los rostros todos del lienzo, así en los santos que ocupan la gloria como en los personajes que en acto de adoración figuran encontrarse en la tierra. La vida más intensa transpira en aquellas cabezas, modeladas con una fuerza y con una verdad no superadas, ni siquiera igualadas, por los más diestros naturalistas de hogaño. Mas el artista al reproducirlas con el pincel, les infundía con lo que toca á las testas de los santos, el aliento de que rebosaba su corazón, la fe cristiana que le avasallaba, el sentimiento ultraterreno que sostenía su inspiración. Son cabezas reales, cabezas que parece que hablan, pero cabezas transfiguradas por la fe y por ende cabezas ideales, propiamente cristianas, profundamente religiosas. Hacíalo también Murillo singularmente en sus portentosos lienzos de *San Francisco de Asís*, *Santa Isabel de Hungría* y *San Antonio de Padua*. Los frailes de Zurbarán y de Murillo tienen la verdad de los frailes de carne y hueso, con la aureola, con la atmósfera de la santidad, de donde el que en ellos se desvanezcan las que se llaman impurezas de la realidad para convertirse en significativas y edificantes bellezas. Algo de esto se advierte igualmente en las Vírgenes de Bartolomé Esteban Murillo, doncellas encantadoras de la tierra andaluza, con ambiente que les quita en parte el terrenal encanto para imprimirles el sello ideal del pintor creyente, como lo fué durante toda su existencia el insigne maestro sevillano. Morales, llamado *el Divino*, Ribera, en su *martirio de San Bartolomé* especialmente, el valenciano Ribalta y otros varios pintores de nuestra tierra, fueron realistas en la copia exacta de los rasgos exteriores, idealistas en el sentimiento, en la expresión cristiana de sus vírgenes, de sus mártires, de sus apóstoles y confesores. A su lado merece colocarse el catalán Antonio Viladomat, el artista ignorado ó poco menos, que en medio de las exageraciones barrocas conservó un carácter severo digno de parangonarse con el que ofrecen los lienzos de los más ilustres pintores cristianos de España. Su galería seráfica es elocuente ejemplo de lo que afirmamos y de un modo particular los cuadros de *San Francisco con Santa Clara, y otros santos* y el de *La impresión de las llagas* de un ascetismo enérgico y de una factura franca y valiente.

Hasta en medio de los delirios del churriguerismo, el arte religioso de nuestra patria mantuvo una nobleza que dimanaba del alma sinceramente católica de aquellos artistas. La escultura sobre todo, dió muestras evidentes de lo que decimos, conforme nos lo aseveran, entre otros ejemplos pertinentes al caso, los pasos del murciano Salcillo, obras hijas de la fe, impregnadas del aroma de la religión cristiana y al propio tiempo manifestaciones de un arte realista que no se halla reñido con la alteza del culto y muy apropiado para mover á la devoción al pueblo y á toda persona piadosa. Larga sería la lista que deberíamos poner si nos empeñáramos en citar nombres de artistas españoles que en el siglo XVIII supieron hermanar habilmente los atrevimientos del estilo barroco, con la expresión ingenua del sentimiento religioso, el realismo y la naturalidad con la idealidad procedente de la inspiración cristiana que les enardecía al componer y al desarrollar sus obras en los dos órdenes de la pintura y de la escultura. Todo ello sería testimonio grandioso del íntimo consorcio que en todas épocas ha existido en España entre el Arte y la Religión de sus naturales, hecho que á nuestro juicio resulta asimismo de cuanto someramente hemos expuesto en este artículo.

F. MIQUEL y BADIA

¡CONSUMMATUM EST!

Desdichada Humanidad! ¡Infeliz estirpe de un rey destronado, que por único patrimonio, te dejó en herencia el anatema fulminado por el Dios de eterna Justicia, ¿á dónde dirigirás tus pasos vacilantes, que puedas hallar alivio á tus penalidades, consuelo á tu infortunio, paz, tranquilidad, sosiego para tu espíritu?

¿Quién podrá anular el Decreto de tu condenación; salir garante, en la presencia de un Dios airado, Juez de tu propia causa; y representarte, tomando á su cargo la defensa y satisfaciendo cumplidamente á aquel divino atributo que pide venganza infinita ó muerte eterna?

En vano ha sonado en los espacios celestiales el eco de potente voz lanzada por el Heraldo de Jeová, que repite una y mil veces: *¿Quis dignus est aperire librum?* Nadie recoge la alusión; ninguna de las criaturas angélicas, ni todos los coros de Querubines, Serafines, Principados y Potestades reunidos aceptarán la misión de representarte ni de inmolarse por ti ¡pobre descendencia de Adán! persuadidos de la nulidad de sus méritos y valor ante la injuria inferida al Eterno.

¿A dónde, pues, dirigirás tu mirada, en demanda de auxilio, en esta tenebrosa noche de horribles vacilaciones, de desesperante perspectiva?

Pero ¿qué es esto? ¿qué acontecimiento inaudito se verifica, que el Cielo se cubre de luto; que la tierra tiembla cual si su gravedad hubiera dejado de existir; que los astros faltan al cumplimiento de las leyes dictadas por el Hacedor? ¿Qué horrible suceso acaece, que las montañas se conmueven en sus sólidas bases; que las peñas chocan, produciendo estridente ruído; que los sepulcros se abren; que la naturaleza toda da testimonio de profundo dolor? ¡Dios Eterno! ¿Habrá llegado la hora de vuestra venganza? ¿Hase colmado la medida de vuestra indignación? ¡Pobre Humanidad! ¡Desgraciada descendencia del primer ingrato, del primer criminal!

Pero... ¿qué misterio es éste? ¿Qué acontece en la cima de aquel monte, siempre mirado con horror, y circundado ahora de muchedumbre que se revuelve cual legión de dementes; que huye como bandada de buitres perseguidos?

Una voz poderosa llega á nuestros oídos... *Consummatum est.*

Levántate, hijo de Adán, quien quiera que seas; respira, respira los aires de la libertad; ¡ay! estás salvado, ya estás restituído; ya la Justicia de Dios está satisfecha: mira, mira al Calvario, á aquel monte fatal, elegido por el Hombre-Dios para inmolarse por ti; dirige la vista á la cima de la montaña en donde «estaban las cenizas del que ingrato propinó al género humano el mortífero veneno que le causó la muerte» (S. Ambrosio); donde «yacía el hombre enfermo que al pie de un árbol legó á la Humanidad todas sus miserias» (S. Agust.). Observa en su cúspide una Cruz, árbol de la vida, y, pendiente de ella, al único que podía rasgar la sentencia condenatoria que pesaba sobre ti.

Consummatum est, ha dicho Aquel que del solio de su infinita y eterna grandeza descendió á la tierra con el único fin de salvarte. *Consummatum est*, es decir, todo se ha consumado: se ha consumado la obra de iniquidad llevada á cabo por insensatos deicidas; pero también se ha consumado la obra de regeneración acordada en el seno de la Augustísima Trinidad. *¡Consummatum est!* Ya no hay razas ni hay pueblos distintos ante el lábaro de la Cruz, porque se ha consumado la fusión de todos los hombres que quieran dirigir su mirada á esa montaña de la cual ha descendido el Decreto de la libertad del género humano: que si un día el Dios fuerte, el Dios terrible, el Dios de los ejércitos impuso su ley al pueblo escogido, desde la altura del Sinaí, en medio de terribles truenos y relámpagos; hoy el Dios de bondad, el Dios de misericordia, el Dios de humildad, en la cumbre del Gólgota, sombrío el firmamento, oscilante los astros y temblorosa la tierra, ha firmado con sangre de sus venas la ley de amor por la que haremos nuestros sus méritos infinitos.

Congréguense, pues, los pueblos y las naciones todas en torno del monte antes fatídico en el que, cual otro Ararat, ha quedado el Arca salvadora del naufragio universal en que nos anegábamos, y desde donde el divino Noé propaga la nueva y única familia que, albergándose en la Nave por El construída, hallará refugio siempre que las tempestades del mar de la vida amenacen inundarla.

Reunámonos todos los que, por gracia especial de Dios, hemos sido regenerados en el seno de esa Nave prodigiosa; reunámonos hoy bajo la sombra protectora del árbol santo de la Cruz, y al conmemorar en este día, el drama tremendo desarrollado en la cresta del Calvario, mostrémonos reconocidos al Redentor que á precio de su vida, nos rescató del pecado, rompiendo las cadenas con que el espíritu infernal tenía esclavizada á la Humanidad.

¡Que Cristo impere en el mundo que le pertenece, además de otros títulos, por derecho de conquista, pues nos ha redimido con su sangre!

Se salvó el género humano. Se consumó la obra grandiosa de su regeneración.

¡Consummatum est!

Policarpo LECETA, Pbro.

EL PASO DEL SANTO ENTIERRO

Estábamos en el plenilunio de Marzo. El día de san José habían vuelto las golondrinas; los almendros con guirnaldas de flores recibían á la primavera; las lilas llenaban de aromas los aires; las aves que pasaban volando entonaban el epitalamio de la naturaleza; mil efluvios impregnados de vida se respiraban en la atmósfera; el sol era más brillante; el cielo más azul; la mar más bella; la existencia más alegre; y la Iglesia celebraba su fiesta más hermosa y más solemne: la Semana Mayor.

La Semana consagrada al recogimiento, al rezo y á la meditación.

Los templos habían reemplazado los blancos ornamentos por las moradas vestiduras; las imágenes de los santos se ocultaban á las miradas de los devotos; habían sido apagados los cirios que brillaban delante de los altares, porque la muerte del hijo de Dios hecho hombre había quitado á los fieles la verdadera luz; no se incensaba el sagrado libro, porque los apóstoles sintieron desmayar su fe en aquellos tremendos dias de luto y llanto; el oficiante no entonaba el *Dominus vobiscum*, porque el Señor no podía estar con la negra alma de Judas manchada por la traición; el Diácono ponía el incienso en el incensario sin bendecirle, y el pueblo doblada la rodilla adoraba el madero de la cruz entonando el coro los sentidos improperios: «Yo te dí un cetro real; y tú pusiste en mi cabeza una corona de espinas. Pueblo mío, ¿qué te he hecho yo, que te saqué de la tierra de Egipto y has puesto en un patíbulo á tu Salvador?»

En aquella piadosísima semana un deber del corazón me llamaba á una antigua ciudad española, apartada del bullicio del mundo. Una de esas ciudades típicas, monumentales, embellecida por la poesía y por los recuerdos; con calles empinadas; con plazuelas pedragosas; con grandes caserones solariegos de alto portón y saliente alero; con palacios que nadie habitaba; con altos monasterios; con muchas torres é iglesias, que son maravillas del arte, y con misteriosas esquinas que recuerdan dramas caballarescos, días de gloria y noches de sangre de aquella localidad y de su señorío. Población muerta, entregada al reposo, que recuerda sin pena su pasado, que no se preocupa por el porvenir, en la que se aburren los hombres de negocio, los que se consagran al comercio, los que todo lo reducen á cálculos y á guarismos y que, sin embargo, tan simpática resulta al poeta, al artista y al historiador.

Llegué á ella el Viernes Santo, por la tarde. Las puertas estaban cerradas, las calles desiertas y un silencio solemne, tétrico, propio del día, reinaba en la histórica ciudad. Respetuoso silencio, que sin embargo, parecía estar diciendo: hoy la cristiandad está de luto, la Iglesia llora, el pueblo reza, el alma medita, pues en esta hora, en un viernes del plenilunio de Marzo expiraba en un madero la más inocente de las víctimas, y el pueblo recordando tan sublime sacrificio, vistiendo trajes obscuros, ha abandonado sus moradas y ha corrido á la iglesia á unir sus lágrimas á las de María, sola y abandonada al pie del afrentoso patíbulo de la cruz.

He dicho que un deber del corazón me llamaba á aquella ciudad, y á ese deber obedecía solamente mi viaje. En una de sus casas solariegas, una joven hija de aquella localidad, una amiga del alma que ansiaba llevarla al altar, una pobre coronémica, de color de acero, de respiración fatigosa, extremadadamente lánguida, que palpitaba su pecho por el más pequeño ejercicio, que pasaba de la alegría al dolor de un modo rápido, que había perdido los colores, el apetito, el movimiento y la salud, me había escrito: «que sería muy dichosa si podía presenciar á mi lado el piadoso paso del santo entierro del Señor.»

Llegué á su casa, salió la pobre enferma á mi encuentro, y... apenas la reconocí. Tan demudada estaba. Se comprendía que dentro de aquel débil cuerpo se encontraba mal, muy mal aquella alma, bella, sencilla, creyente, religiosa, ungida de sentimiento y rica en devoción.

Vino la noche bella y templada como todas las de la primavera. Los vecinos colocaron dorados faroles y colgaduras negras en sus balcones, en la calle se escuchó un sordo vocerío y centenares de curiosos se colocaron á lo largo de las aceras. Mi bella amiga y yo nos sentamos en la reja. La procesión no se hizo esperar.

¡Qué acto tan bello, tan solemne, tan religioso fué aquél! Tan pronto como pasaron los soldados romanos que abrían la marcha, el público se descubrió respetuosamente y todos los labios enmudecieron. El que llevaban á enterrar era el hijo de Dios, y ante el entierro de Dios el alma está siempre de rodillas sobre el corazón.

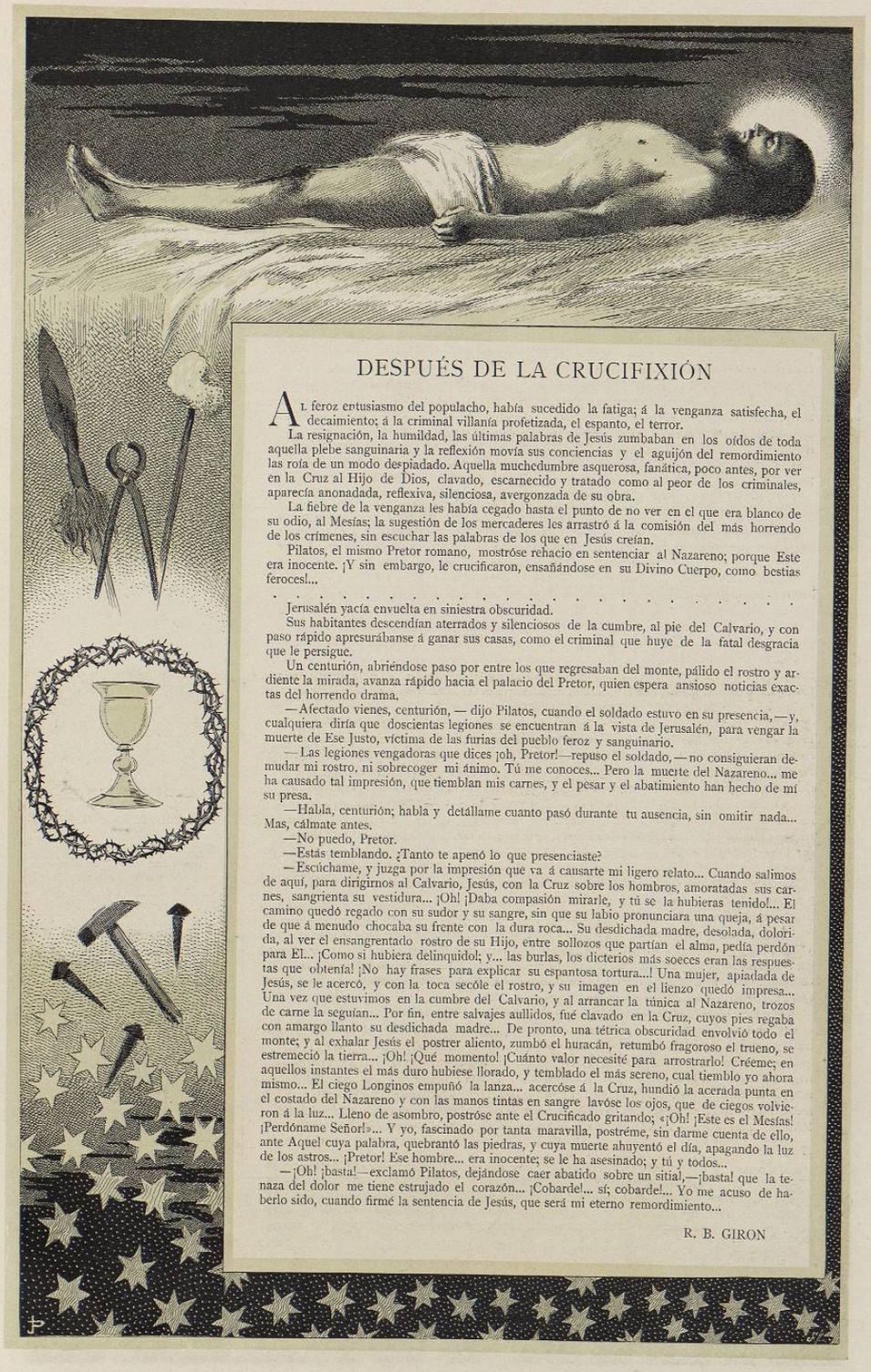
Aquella débil niña, rebujada en obscuro manto, haciéndose todo ojos, estrechando mi diestra, contemplaba con cierta curiosidad infantil los pasos de Jesús en el huerto, en casa de Pilatos, el encuentro con la Verónica, con Simón, con la santa madre en la calle de Amargura, los números estandartes de las cofradías llevados por los mayordomos, los improperios de la pasión y muerte llevados por niños, los penitentes con su larga túnica de sayal negro, ceñida al cuerpo por un cordón de esparto, cubierta la cabeza por la puntiaguda caperuza, los pies descalzos, sobre el hombro una cruz y arrastrando largas y pesadas cadenas; los penitentes blancos, jóvenes mujeres con el cabello suelto sobre la espalda, con los pies desnudos y con una vela en la mano, pidiendo la absolución de ciertas faltas que hacían asomar las lágrimas á sus ojos; la congregación de la sangre con hachas encendidas; la imagen del Señor Crucificado, la música de capilla, sacerdotes y canónigos y el Santo Sepulcro, preciosa urna llevada bajo palio de terciopelo negro, seguida de la Virgen de la Soledad, cerrando la marcha las autoridades con un sinnúmero de mujeres con mantilla y un farolillo en la mano y un piquete con las armas á la funerala, con las cajas enlutadas y ejecutando la banda una marcha fúnebre, tétrica, acompasada, grandiosa, que oída entre las sombras de la noche producía un efecto magistral.

Al pasar el Santo Sepulcro, la pobre enferma, juntó sus manos, su acerado rostro pareció animarse, sus pupilas se dilataron, sus entumecidos miembros adquirieron cierta agilidad, sus secos labios se entreabrieron y con voz débil, apagada, pero ferviente y apasionada articuló: ¡Dios mío, que en este día moriste en el árbol de la cruz entre dos ladrones; Señor de mi alma y de mi casa que hoy te llevan á enterrar; Cristo amado, que te desvelas por el bien de la humanidad, acoge mi rezo, acoge mi llanto, acoge mis súplicas y devuélveme la salud ó llévame contigo al paraíso...

Y dobló la cabeza sobre los hierros de la reja. Al terminar la procesión fijé los ojos en ella y me estremecí. La cogí sus manos y habían perdido el calor y el movimiento; llamé á la familia, acudieron todos y... rodeamos sólo un cadáver. La infeliz, había muerto de un ataque de asistolia producido por su enfermedad y fervorosa exaltación.

Francisco GRAS Y ELIAS.

UNA MESA PETITORIA, por A. Seriñá.



DESPUÉS DE LA CRUCIFIXIÓN

Al feroz entusiasmo del populacho, había sucedido la fatiga; á la venganza satisfecha, el decaimiento; á la criminal villanía profetizada, el espanto, el terror.

La resignación, la humildad, las últimas palabras de Jesús zumbaban en los oídos de toda aquella plebe sanguinaria y la reflexión movía sus conciencias y el aguijón del remordimiento las roía de un modo despiadado. Aquella muchedumbre asquerosa, fanática, poco antes, por ver en la Cruz al Hijo de Dios, clavado, escarnecido y tratado como al peor de los criminales, aparecía anonadada, reflexiva, silenciosa, avergonzada de su obra.

La fiebre de la venganza les había cegado hasta el punto de no ver en el que era blanco de su odio, al Mesías; la sugestión de los mercaderes les arrastró á la comisión del más horrendo de los crímenes, sin escuchar las palabras de los que en Jesús creían.

Pilatos, el mismo Pretor romano, mostróse rehacio en sentenciar al Nazareno; porque Este era inocente. ¡Y sin embargo, le crucificaron, ensañándose en su Divino Cuerpo, como bestias feroces!...

. . . . . .

Jerusalén yacía envuelta en siniestra obscuridad.

Sus habitantes descendían aterrados y silenciosos de la cumbre, al pie del Calvario, y con paso rápido apresurábanse á ganar sus casas, como el criminal que huye de la fatal desgracia que le persigue.

Un centurión, abriéndose paso por entre los que regresaban del monte, pálido el rostro y ardiente la mirada, avanza rápido hacia el palacio del Pretor, quien espera ansioso noticias exactas del horrendo drama.

—Afectado vienes, centurión, — dijo Pilatos, cuando el soldado estuvo en su presencia, —y, cualquiera diría que doscientas legiones se encuentran á la vista de Jerusalén, para vengar la muerte de Ese Justo, víctima de las furias del pueblo feroz y sanguinario.

—Las legiones vengadoras que dices ¡oh, Pretor!—repuso el soldado, —no consiguieran demudar mi rostro, ni sobrecoger mi ánimo. Tú me conoces... Pero la muerte del Nazareno... me ha causado tal impresión, que tiemblan mis carnes, y el pesar y el abatimiento han hecho de mí su presa.

—Habla, centurión; habla y detállame cuanto pasó durante tu ausencia, sin omitir nada... Mas, cálmate antes.

—No puedo, Pretor.

—Estás temblando. ¿Tanto te apenó lo que presenciaste?

—Escúchame, y juzga por la impresión que va á causarte mi ligero relato... Cuando salimos de aquí, para dirigirnos al Calvario, Jesús, con la Cruz sobre los hombros, amoratadas sus carnes, sangrienta su vestidura... ¡Oh! ¡Daba compasión mirarle, y tú se la hubieras tenido!... El camino quedó regado con su sudor y su sangre, sin que su labio pronunciara una queja, á pesar de que á menudo chocaba su frente con la dura roca... Su desdichada madre, desolada, dolorida, al ver el ensangrentado rostro de su Hijo, entre sollozos que partían el alma, pedía perdón para El... ¡Como si hubiera delinquido!; y... las burlas, los dicterios más soeces eran las respuestas que obtenía! ¡No hay frases para explicar su espantosa tortura...! Una mujer, apiadada de Jesús, se le acercó, y con la toca secóle el rostro, y su imagen en el lienzo quedó impresa... Una vez que estuvimos en la cumbre del Calvario, y al arrancar la túnica al Nazareno, trozos de carne la seguían... Por fin, entre salvajes aullidos, fué clavado en la Cruz, cuyos pies regaba con amargo llanto su desdichada madre... De pronto, una tétrica obscuridad envolvió todo el monte; y al exhalar Jesús el postrer aliento, zumbó el huracán, retumbó fragoroso el trueno, se estremeció la tierra... ¡Oh! ¡Qué momento! ¡Cuánto valor necesité para arrostrarlo! Créeme; en aquellos instantes el más duro hubiese llorado, y temblado el más sereno, cual tiemblo yo ahora mismo... El ciego Longinos empuñó la lanza... acercóse á la Cruz, hundió la acerada punta en el costado del Nazareno y con las manos tintas en sangre lavóse los ojos, que de ciegos volvieron á la luz... Lleno de asombro, postróse ante el Crucificado gritando; «¡Oh! ¡Este es el Mesías! ¡Perdóname Señor!»... Y yo, fascinado por tanta maravilla, postréme, sin darme cuenta de ello, ante Aquel cuya palabra, quebrantó las piedras, y cuya muerte ahuyentó el día, apagando la luz de los astros... ¡Pretor! Ese hombre... era inocente; se le ha asesinado; y tú y todos...

—¡Oh! ¡basta!—exclamó Pilatos, dejándose caer abatido sobre un sitial,—¡basta! que la tenaza del dolor me tiene estrujado el corazón... ¡Cobarde!... sí; cobarde!... Yo me acuso de haberlo sido, cuando firmé la sentencia de Jesús, que será mi eterno remordimiento...

R. B. GIRON

SOLEDAD DE MARÍA SANTÍSIMA

Todo se ha consumado. La desobediencia de nuestros primeros padres en el Edén, ha costado la sangre y los horrores del Calvario. Pero este suceso, el más augusto, el más grandioso, el más radical que guarda en sus anales la historia; no tanto nos revela la enormidad del delito que el Redentor expió en la Cruz, cuanto la grandeza de los personajes que consumaron el sacrificio que estaba esperando el mundo. Sí, el Verbo divino, el que había tomado en su mano la candente materia y con ella había formado los astros para arrojarlos al espacio, es abandonado de todos y no encuentra asilo en el universo; el que infundió vida al cuerpo humano, no es entendido ni aun escuchado de los hombres; el que encendió el sol y vistió de flores los prados, estuvo desnudo; el que derramó las aguas en la tierra tuvo sed; el que ha dado la vida á todos los seres que bajo el cielo se mueven, tuvo hambre; el que ha forjado todos los poderes de la tierra, fué esclavo de los poderes del mundo; el que es causa de toda existencia, creador de toda vida, muere en afrentoso suplicio sobre el Gólgota, en medio de dos ladrones.

En esa hora suprema toda la naturaleza se conmueve, como para demostrarnos, en su trastorno material la gran revolución que esta muerte va á causar en todos los espíritus.

El sol ha ocultado su claridad, el velo del templo se rasga, las piedras chocan y se rompen, el horror, la consternación y el asombro se precipitan de la cumbre del Calvario, y bajan para inundar la ciudad Deicida, el centurión clama con acento lúgubre, el cielo llora sangre, hasta los ángeles se conturban, y en medio de este trastorno tan general y sorprendente sola una criatura aparece en el Calvario. ¿Y quién es esa singular criatura? Esa criatura es María, la soberana de los cielos y la tierra, la Estrella que alumbra en medio de las tinieblas, la verdadera Madre del género humano. Esta es la mujer bendita que clama con estas sentidas palabras del Profeta. «Han oído que estoy gimiendo y no hay quien me consuele». La soledad de María es otro de los misterios que habían de realizarse en el Calvario. — ¿Quién podrá describir de una manera conveniente los Dolores de la Santísima Virgen en su abandono en aquel monte sagrado. Isaías, Jeremías y los demás profetas se han esforzado en pintar sus dolores y no encuentran con quien compararla. Mas no hay que cansarnos, lo que no han podido hacer los profetas, no pueden hacerlo los ángeles, ni mucho menos los hombres, Si hay alguno que sea capaz de descifrarnos toda la extensión del abandono que el Hijo experimentó en la Cruz, que nos describa también toda la soledad de su Madre; por que sus dolores son recíprocos, así como lo fué su amor.

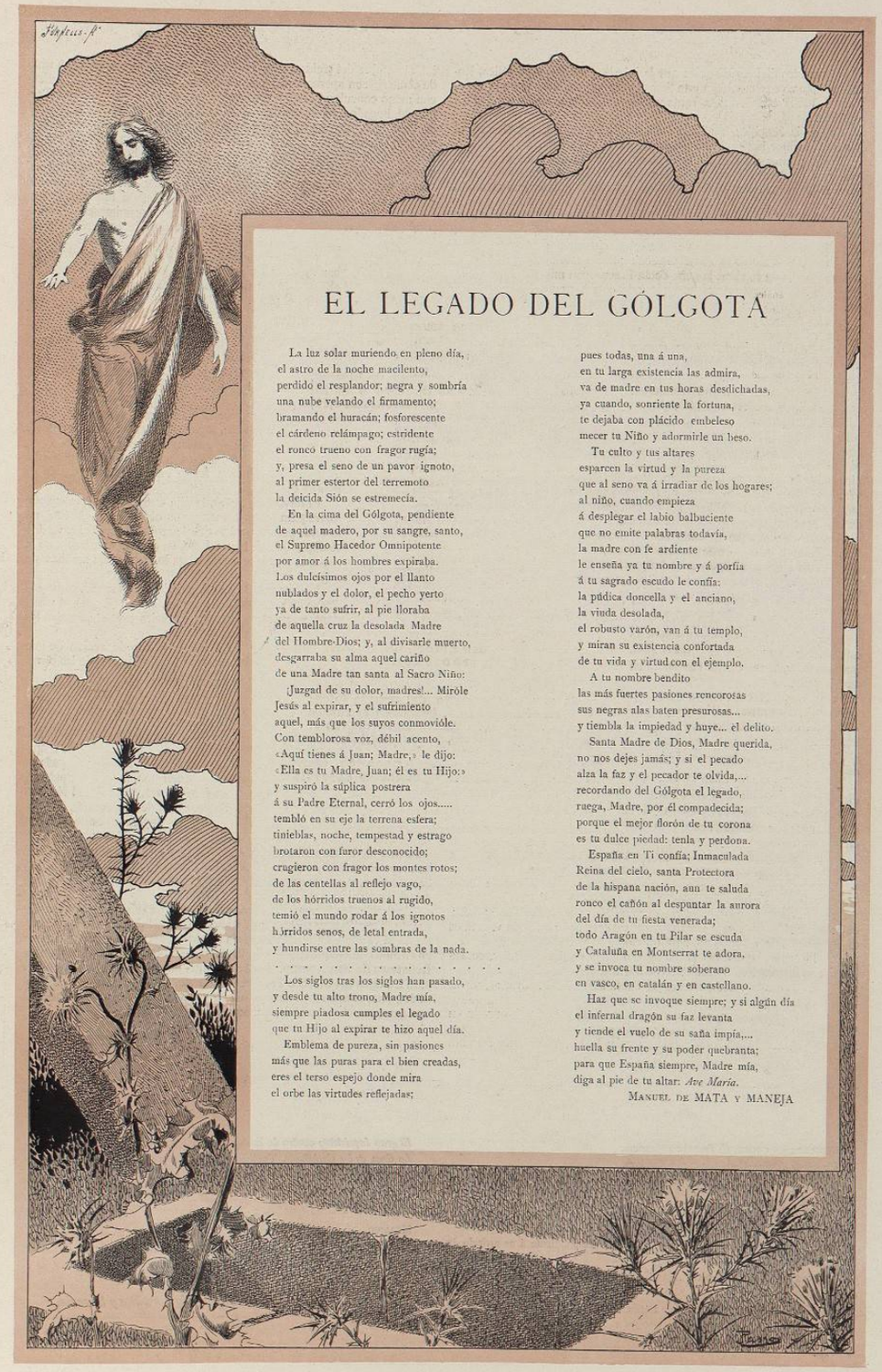
Sin embargo, á imitación de Moisés, cuando subió al monte del Señor, nos despojaremos del calzado, y llenos de un amor santo, humillada la frente y vertiendo lágrimas amargas, penetraremos en ese paraje cuya tierra ha sido enrojecida con la sangre del Justo que allí fué sacrificado; busquemos en aquel lugar á nuestra Madre y veamos si podemos comprender de algún modo el misterio de su soledad. Avancemos con nuestro espíritu; avancemos y no nos cause temor el verla tan apenada. ¡Es tan bello su dolor, que no sé cómo cautivará más nuestra alma, si en los días de su regocijo en Belén, ó en éste que es el de su mayor aflicción y desconsuelo! Colocada no muy lejos de la Cruz, ha quedado ya sin el alma de su Hijo, que es como si le hubieran arrebatado la suya propia. La afligida madre repasaba en su memoria toda la belleza y las cualidades del Hijo que ha perdido, su bondad, su caridad, su mansedumbre, los inmensos beneficios que por todas partes derramaba; y estos tristes á la par que gloriosos recuerdos eran nuevas espadas que atravesaban su pecho.

Miraba, por último, en torno suyo, por ver si encontraba quien la consolara, y sus amigos y enemigos todos habían abandonado aquel teatro de horror, y ni el cielo, ni la tierra, ni los ángeles, ni los hombres vienen á hacerle compañía; pues hasta la muerte huye de aquel lugar donde su segur había causado tantas víctimas.

Vemos, pues, que en María no hay una soledad sencilla y ordinaria, es la Madre que ha perdido á su Hijo y llora su desgracia: hay allí tres soledades que lastiman y destrozan su amoroso corazón. Está la soledad en que la deja la muerte, porque María había pensado que moriría con su Hijo. Está la soledad en que se deja ella misma, porque renueva sus pesares con su imaginación y su inteligencia. Está la soledad en que la deja el hombre, porque el hombre no sabe acompañar dignamente su dolor.

¡Oh! ¿quién pudiera disponer de espacio suficiente para desarrollar estos tres pensamientos, de los que cada uno de por sí serían asunto bastante para escribir otras tantas páginas? No siendo esto posible, nos limitaremos á consignar que esta hija de Jerusalén no tiene semejante en las angustias que la devoran y en los pesares que la abruman; que esta desconsolada hija de Sión padece quebrantos mayores que todas las penas y tormentos; la Madre del dolor lleva despedazado su corazón sensible: el llanto y la amargura penetran toda su vida, toda su alma y toda su existencia. Pero ni esto, ni cuanto doloroso, triste y lastimero puede ocurrir á la imaginación más brillante, fogosa y atrevida, tiene semejanza alguna con la situación en que ahora contemplamos á María, sola en el dolor, sola en el padecer, y sola en la amargura de la más espantosa soledad.

Antonio MANJON RUIZ, Pbro.



EL LEGADO DEL GÓLGOTA

La luz solar muriendo en pleno día,
el astro de la noche macilento,
perdido el resplandor; negra y sombría
una nube velando el firmamento;
bramando el huracán; fosforescente
el cárdeno relámpago; estridente
el ronco trueno con fragor rugía;
y, presa el seno de un pavor ignoto,
al primer estertor del terremoto
la deicida Sión se estremecía.

En la cima del Gólgota, pendiente
de aquel madero, por su sangre, santo,
el Supremo Hacedor Omnipotente
por amor á los hombres expiraba.
Los dulcísimos ojos por el llanto
nublados y el dolor, el pecho yerto
ya de tanto sufrir, al pie lloraba
de aquella cruz la desolada Madre
del Hombre-Dios; y, al divisarle muerto,
desgarraba su alma aquel cariño
de una Madre tan santa al Sacro Niño:

¡Juzgad de su dolor, madres!... Mirole
Jesús al expirar, y el sufrimiento
aquel, más que los suyos conmovióle.
Con temblorosa voz, débil acento,
«Aquí tienes á Juan; Madre,» le dijo:
«Ella es tu Madre, Juan; él es tu Hijo:»
y suspiró la súplica postrera
á su Padre Eternal, cerró los ojos.....
tembló en su eje la terrena esfera;
tinieblas, noche, tempestad y estrago
brotaron con furor desconocido;
crugieron con fragor los montes rotos;
de las centellas al reflejo vago,
de los hórridos truenos al rugido,
temió el mundo rodar á los ignotos
hórridos senos, de letal entrada,
y hundirse entre las sombras de la nada.
. . . . . .

Los siglos tras los siglos han pasado,
y desde tu alto trono, Madre mía,
siempre piadosa cumples el legado
que tu Hijo al expirar te hizo aquel día.
Emblema de pureza, sin pasiones
más que las puras para el bien creadas,
eres el terso espejo donde mira
el orbe las virtudes reflejadas;
pues todas, una á una,
en tu larga existencia las admira,
va de madre en tus horas desdichadas,
ya cuando, sonriente la fortuna,
te dejaba con plácido embeleso
mecer tu Niño y adormirle un beso.

Tu culto y tus altares
esparcen la virtud y la pureza
que al seno va á irradiar de los hogares;
al niño, cuando empieza
á desplegar el labio balbuciente
que no emite palabras todavía,
la madre con fe ardiente
le enseña ya tu nombre y á porfía
á tu sagrado escudo le confía:
la púdica doncella y el anciano,
la viuda desolada,
el robusto varón, van á tu templo,
y miran su existencia confortada
de tu vida y virtud con el ejemplo.

A tu nombre bendito
las más fuertes pasiones rencorosas
sus negras alas baten presurosas...
y tiembla la impiedad y huye... el delito.

Santa Madre de Dios, Madre querida,
no nos dejes jamás; y si el pecado
alza la faz y el pecador te olvida,...
recordando del Gólgota el legado,
ruega, Madre, por él compadecida;
porque el mejor florón de tu corona
es tu dulce piedad: tenla y perdona.

España en Ti confía; Inmaculada
Reina del cielo, santa Protectora
de la hispana nación, aun te saluda
ronco el cañón al despuntar la aurora
del día de tu fiesta venerada;
todo Aragón en tu Pilar se escuda
y Cataluña en Montserrat te adora,
y se invoca tu nombre soberano
en vasco, en catalán y en castellano.

Haz que se invoque siempre; y si algún día
el infernal dragón su faz levanta
y tiende el vuelo de su saña impía,...
huella su frente y su poder quebranta;
para que España siempre, Madre mía,
diga al pie de tu altar: *Ave María.*

Manuel de MATA y MANEJA

LA CENA

Entre los divinos Misterios que la Iglesia Católica, Apostólica, Romana conmemora en esta Semana Mayor, cuéntase el de la *Cena*, y como todos ellos, entraña santa enseñanza, y conmueve y edifica los espíritus.

Su propia sencillez, realza la magnitud del misterio, por el cual el Divino Redentor instituyó el Sacramento de la Eucaristía.

Era el primer día de los Azymos, en el cual, amasábase el pan sin levaduras y se sacrificaba el Cordero Pascual. Los discípulos de Jesús, interpelaban solícitos al Divino Maestro: «¿A dónde quieres que vayamos, á prepararte la cena de la Pascua?» y El les responde, señalando á dos de ellos, á Pedro y á Juan, con placidez celestial: «Id á la ciudad (á Jerusalém), y encontraréis á un hombre que lleva un cántaro de agua, seguidle: y en donde quiera que entrase, decid al amo de la casa, el Maestro os envía á decir: ¿dónde está la sala en que he de celebrar la cena de la Pascua con mis discípulos? Y él os mostrará una pieza de comer grande, bien mueblada: preparadnos allí lo necesario.»

Así lo hicieron los amantes y diligentes discípulos, y en la parte meridional de los contornos de la ciudad Santa, encontraron la casa indicada, donde había de celebrarse la divina cena.

Al caer de la tarde, según costumbre, nos dicen los santos evangelistas, púsose á la mesa el Redentor del linaje humano. Juan de Juanes, el insigne pintor, nos lo representa en su admirable cuadro del Museo Nacional de Madrid, vistiendo túnica violada y manto encarnado. Rodéanle los doce apóstoles, llenos de religioso amor, revelando sus rostros la inefable dicha de compartir con el excelso Maestro, los manjares de la Pascua.

«Ardientemente he deseado comer, — exclamó el Verbo hecho hombre — este cordero Pascual, ó *celebrar* esta *Pascua* con vosotros, antes de mi pasión.

»Porque yo os digo, que ya no le comeré otra vez hasta que la Pascua tenga su cumplimiento en el Reino de Dios. Esta es la última Pascua que celebraré con vosotros. Me voy al Cielo á prepararos otra Pascua ó banquete, que será el entero cumplimiento de esta Pascua figurativa. Voy á ser la víctima para la nueva y eterna Pascua de un pueblo nuevo.»

Y tomando el cáliz en sus delicadas manos, dió gracias á Dios y dijo: «Tomad y distribuidle entre vosotros; porque de seguro que ya no beberé el zumo de la vid, hasta que llegue el reino de Dios.»

Acabada la cena, tomó el pan, dió de nuevo gracias, partióle y dióseles, diciendo: «Este es mi cuerpo, el cual se da por vosotros; haced esto en memoria mía.»

Del mismo modo, tomó el cáliz y exclamó: «Este cáliz es la nueva alianza *sellada* con mi sangre, que se derramará por vosotros.»

Escuchaban absortos los apóstoles las celestiales palabras de Jesús; maravillábanse de la profundidad de sus conceptos, y del divino Sacramento que instituía, cuando fueron sorprendidos por esta sublime predicción: *Amen dico vobis, quia unus vestrum, me traditurus est.* «En verdad os digo, que uno de vosotros me hará traición.»

La impresión que estas palabras produjera en los apóstoles, concebióla con inspiración profundamente mística, el inmemorable Leonardo de Vinci en su fresco del convento de Santa María de las Gracias, de las cercanías de Milán.

Pinta Leonardo de mano maestra, la agitación que en todos producen las palabras proferidas. Juan, sobrecogido por el espanto que le causan, aparece en actitud desfallecida y desmayada; Pedro, pide, lleno de santa ira, el nombre del traidor; éste, sorprendido en su felonía, en vano trata de ocultarla con aparentes demostraciones de extrañeza y en tanto, aprieta con mano convulsa, la bolsa conteniendo el precio de su deslealtad; Bartolomé, llegado á la ancianidad, queda absorto, y Santiago el Mayor, síguele en igual actitud; en la extremidad izquierda de la mesa, en pie y en ademán interrogativo, parece Felipe expresar su afán de penetrar el sentido de las divinas palabras, que tanta consternación han producido; á la siniestra mano del Redentor, muéstrase con los brazos abiertos Tomás, sorprendido y revelando su protesta de inocencia; Tadeo, santamente encolerizado, se yergue empuñando un cuchillo; Simón abate su cabeza ante Jesús, demostrando amor y aflicción, y en grupo animado, de expresión vigorosa, comentan y se sinceran de la terrible sospecha, Mateo, Andrés y Santiago el Menor.

Todos se sinceraban; todos, contristados, preguntaban á Jesús: «¿Seré yo acaso, Señor?» y El respondió: «Es uno de los doce, uno que mete conmigo la mano ó *moja* en el plato.

»Verdad es que el Hijo del hombre se va ó *camina á su fin*, como está escrito; pero ¡ay de aquel hombre, por quien el Hijo del hombre será entregado á la muerte! ¡Mejor sería para el tal hombre, el no haber nacido!

Antes de partir, díjoles Jesús: «Todos os escandalizaréis por ocasión de mí esta noche, según está escrito: Heriré al pastor y se descarriarán las ovejas.

»Pero en resucitando, me pondré á vuestra frente en Galilea, en donde os reuniré otra vez.»

El fervoroso Pedro, le dijo entonces: «Aun cuando fueres para todos los demás un objeto de escándolo, no lo serás para mí»; á lo que le replicó Jesús: «En verdad te digo, que tú, hoy mismo, en esta noche, antes de la segunda vez que cante el gallo, tres veces me has de negar.»

Nuevas muestras de seguimiento y lealtad, expresóle Pedro en estas palabras: «Aunque me es forzoso el morir contigo, yo no te negaré,» é iguales protestas hacían los demás discípulos.

Y dicho el himno de acción de gracias, salieron hacia el huerto de las olivas ó de Gethsemaní...

***

En el mismo santo lugar donde celebróse el eternal Misterio se apareció el Divino Redentor después de su Resurrección, á sus discípulos, y en él se mostró, también, el Espíritu Santo, el día de Pentecostés.

Allí instituyóse, asimismo, según opinión de venerables autores, el Sacramento de la Confirmación, y allí consagróse obispo de Jerusalém á Santiago el Menor y fueron elegidos los primeros diáconos, entre ellos, San Esteban, y se congregaron y se separaron los Apóstoles para predicar el Evangelio por toda la faz de la tierra.

Andando los tiempos, el sacratísimo lugar ha sufrido vicisitudes sin cuento. Trocólo Santa Elena en Iglesia, la cual fué derruida por los infieles hacia el año 640; restableciéronla los cristianos en 1044; aun subsistía en tiempos de Godofredo de Bouillon, que estableció en ella la orden de Religiosos de San Agustín. Posteriormente, mandó edificar un convento para los hijos del Seráfico Patriarca, Roberto, Rey de Nápoles y de Jerusalém, y en el día... está convertida en mezquita, y en élla se alojaba sacrílegamente, el sectario de Mahoma, Ibrahim - Bajá...

Rafael CHICHON

Salve, salve,
cruz gloriosa,
dulce imagen
religiosa,
clara estrella,
luz del bien.
Humilde á ti llego, postrado de hinojos,
henchido mi pecho de amor y de fe;
de lágrimas tristes, que vierten mis ojos,
mezquino tributo te vengo á ofrecer.
Tú que el tronco
fuiste un día
del excelso
Redentor,
sé mi norte,
sé mi guía;
fortalece
el alma mía;
presta alivio
á mi aflicción.
De la suerte
y sus rigores
todo el cáliz
apuré;
pues ansiando
sus favores,
mis placeres,
mis amores,
perecieron
al nacer.
Por eso á ti acudo, contrito y lloroso,
la voz desoyendo del mundo falaz;
y en ti me refugio, buscando el reposo
que nunca mi espíritu logró disfrutar.
Porque eres, leño sacro, — en la engañosa tierra,
el sólo bien eterno, — la única verdad,
y así como tu vista — al pecador aterra,
ofrece siempre al justo — consuelo celestial.

SUMARIO DEL NUMERO PROXIMO

Cubierta en color, de Francisco Masriera.

Un cuarto de vino. Caricaturas; por Xaudaró.

A Mit-Sú. Poesía y alegoría japonesa, originales de Francisco Tomás y Estruch.

Tipo africano; acuarela de Tomás Moragas.

Un cuento... chistoso; cuadro de Alvarez Dumont.

La hermana de la Caridad; cuadro de Triadó, correspondiente á un artículo de Francisco Oltra Dalmau.

Páginas en negro: *El torno.* Artículo de Eusebio Blasco, ilustrado por Sánchez Covisa.

Especialista. Artículo de Rafael Ruíz López.

Notas de arte - Palestrina y Victoria; artículo de Felipe Pedrell.

El gran Inquisidor; cuadro de Enrique Serra.

La Cruz de los Cuchilleros. Tradición granadina; por Francisco Villa-Real, con ilustraciones de Alvarez Dumont.

Mtro. Alberto Cotó. (Retrato).

Sección de Sport.

Mosaico.

Regalo. *La boda;* danza para piano, original del Mtro. Alberto Cotó.

Reservados todos los derechos de propiedad artística y literaria.

Impreso por F. Giró. — Papel de Sucesores de Torras Hermanos. — Litografía Pujadas.

Poesía y alegoría japonesa, original de F. Tomás y Estruch.